

CYNTHIA WILA
LA
CULPA

(Esa voz)



ENSAYO

PAIDÓS

CYNTHIA WILA
LA
CULPA
(Esa voz)

ENSAYO

PAIDÓS

INTRODUCCIÓN

Empecemos con un cuento.

Fragmentos de *El corazón delator*,
de Edgar Allan Poe

Yo no perseguía ningún propósito. Ni tampoco estaba colérico. Quería mucho al viejo. Jamás me había hecho nada malo. Jamás me insultó. Su dinero no me interesaba. Me parece que fue su ojo. ¡Sí, eso fue! Tenía un ojo semejante al de un buitre... Un ojo celeste y velado por una tela. Cada vez que lo clavaba en mí se me helaba la sangre. Y así, poco a poco, muy gradualmente, me fui decidiendo a matar al viejo y librarme de aquel ojo para siempre [...].

Jamás fui más amable con el viejo que la semana antes de matarlo. Todas las noches, hacia las doce, hacia yo girar el picaporte de su puerta y la abría... ¡oh, tan suavemente! Y entonces, cuando la abertura era lo bastante grande para pasar la cabeza, levantaba una linterna sorda, cerrada [...].

Y entonces, cuando tenía la cabeza completamente dentro del cuarto, abría la linterna cautelosamente... para que un solo rayo de luz cayera sobre el ojo de buitre [...].

Todas las noches justamente a las doce, iba yo a mirarle mientras dormía.

Al llegar la octava noche procedí con mayor cautela que de costumbre al abrir la puerta [...]. Había ya pasado la cabeza y me disponía a abrir la linterna, cuando mi pulgar resbaló en el cierre metálico y el viejo se enderezó en el lecho, gritando:

—¿Quién está ahí?

Permanecí inmóvil, sin decir palabra. Durante una hora entera no moví un solo músculo, y en todo ese tiempo no oí que volviera a tenderse en la cama [...].

Oí de pronto un quejido, y supe que era el quejido que nace del terror. No expresaba dolor o pena... Era el ahogado sonido que brota del fondo del alma cuando el espanto la sobrecoge. Bien conocía yo ese sonido. [...].

Comprendí que lo estaba sintiendo el viejo y le tuve lástima, aunque me reía en el fondo de mi corazón. Comprendí que había estado despierto desde el primer ruido [...]. Pensaba: «No es más que el viento en la chimenea... o un grillo que chirrió una sola vez». Sí, había tratado de darse ánimo con esas suposiciones, pero todo era en vano. *Todo era en vano*, porque la Muerte se había aproximado a él, deslizándose furtiva y envolvía a su víctima [...].

Después de haber esperado largo tiempo, con toda paciencia, sin oír que volviera a acostarse, resolví abrir una pequeña, una pequeñísima ranura en la linterna [...] hasta que un fino rayo de luz, semejante al hilo de la araña, brotó de la ranura y cayó de lleno sobre el ojo de buitre.

Estaba abierto, abierto de par en par... y yo empecé a enfurecerme mientras le miraba. Le vi con toda claridad, de un azul apagado y con aquella horrible tela que me helaba hasta el tuétano. Pero no podía ver nada de la cara o del cuerpo del viejo, pues, movido por un instinto, había orientado el haz de luz exactamente hacia el punto maldito [...].

En aquel momento llegó a mis oídos un resonar apagado y presuroso, como el que podía hacer un reloj envuelto en algodón. Aquel sonido *también* me era familiar. Era el latir del corazón del viejo... Entretanto, el infernal latir del corazón iba en aumento... Me pareció que aquel corazón iba a estallar. Y una nueva ansiedad se apoderó de mí... Lanzando un alarido, abrí del todo la linterna y me precipité en la habitación. El viejo clamó una vez... nada más que una vez. Me bastó un segundo para arrojarle al suelo y echarle encima el pesado colchón... Cesó, por fin, de latir. El viejo había muerto... Su ojo no volvería a molestarme. [...]

Ante todo, descuarticé el cadáver. Le corté la cabeza, brazos y piernas.

Levanté luego tres planchas del piso de la habitación y escondí los restos en el hueco. Volví a colocar los tablones con tanta habilidad que ningún ojo humano —ni siquiera el suyo— hubiera podido advertir la menor diferencia...

Golpearon a la puerta de la calle... Hallé a tres caballeros que se presentaron muy civilmente como oficiales de policía. Durante la noche, un vecino había escuchado un alarido, por lo cual se sospechaba la posibilidad de algún atentado... Sonreí, pues... ¿qué tenía que temer? Di la bienvenida a los oficiales y les expliqué que yo había lanzado aquel grito durante una pesadilla. Les hice saber que el viejo se había ausentado a la campaña. Llevé a los oficiales a recorrer la casa y los invité a que revisaran, a que revisaran bien. Finalmente, acabé conduciéndolos a la habitación del muerto... traje sillas a la habitación y pedí a los tres caballeros que descansaran *allí* de su fatiga, mientras yo mismo, con la audacia de mi perfecto triunfo, colocaba mi silla en el exacto punto bajo el cual reposaba el cadáver de mi víctima.

Los oficiales se sentían satisfechos. Mis modales los habían convencido. Por mi parte, me hallaba perfectamente cómodo... Mas, al cabo de un rato, empecé a notar que me ponía pálido y deseé que se marcharan. Me dolía la cabeza y creía percibir un zumbido en los oídos; pero los policías continuaban sentados y charlando. El zumbido se hizo más intenso... hasta que, al fin, me di cuenta de que aquel sonido no se producía dentro de mis oídos [...].

Yo jadeaba, tratando de recobrar el aliento y, sin embargo, los policías no habían oído nada... ¿Por qué no se iban?... Balanceando la silla sobre la cual me había sentado, raspé con ella las tablas del piso, pero el sonido sobrepujaba todos los otros y crecía sin cesar. ¡Más alto... más alto... *más alto!* Y entretanto los hombres seguían charlando plácidamente y sonriendo. ¿Era posible que no lo oyeran? ¡Santo Dios! ¡No, no! ¡Claro que oían y que sospechaban! ¡*Sabían...* y se estaban burlando de mi horror!

[...]

¡Pero cualquier cosa era preferible a aquella agonía! ¡Cualquier cosa sería más tolerable que aquel escarnio! ¡No podía soportar más tiempo sus sonrisas hipócritas! ¡Sentí que tenía que gritar o morir, y entonces... otra vez... escuchan... más fuerte... más fuerte... *más fuerte!*

—¡Basta ya de fingir, malvados! —aullé—. ¡Confieso que lo maté! ¡Levanten esos tablones! ¡Ahí... ahí! ¡Donde está latiendo su horrible corazón!

* * *

A veces los maestros nos instan a desafiar el camino señalado por los demás para nuestro futuro. Otras veces, solo nos impulsan a seguir el lugar que nos ha marcado su deseo.

Para Marie Bonaparte —descendiente de Napoleón y princesa de Dinamarca por matrimonio—, Freud se convirtió en un maestro inspirador, una especie de padre ideal que miraba con ojos buenos su interés por el erotismo femenino, en lugar de aquel padre real, que la había censurado cuando quiso estudiar medicina en una época donde las mujeres debían ajustarse al casamiento y el hogar.

Tal vez por esa relación estrecha con Freud, primero como paciente y luego como discípula, fue una figura central en los inicios del psicoanálisis en Europa.

Se fascinó tanto con él que, tras la instauración del régimen nazi en Austria, intervino de forma directa y cubrió los costos exigidos por el régimen para autorizar la partida de Freud y su familia a Londres.

En 1933, Bonaparte profundizó el estudio psicoanalítico de la vida y obra de Edgar Allan Poe y publicó *The Life and Works of Edgar Allan Poe: A Psycho-Analytic Interpretation*. A pesar de algunas críticas, Freud avaló su trabajo con un prólogo.

En este libro, mi amiga y discípula Marie Bonaparte ha dirigido la luz del psicoanálisis sobre la vida y la obra de un gran poeta de genio patológico. Merced a su trabajo interpretativo se comprende ahora cuántos de los caracteres de su obra están condicionados por la peculiaridad del hombre, pero se averigua también que esta última es la sedimentación de intensas ligazones afectivas y vivencias dolorosas de su primera juventud. Tales indagaciones no están destinadas a explicar el genio del poeta, pero muestran los motivos que lo han despertado y el material que el destino le ofreció. Reviste un particular encanto estudiar las

leyes de la vida anímica de los seres humanos en individuos descollantes.

Prólogo al libro de Marie Bonaparte, *La vida y la obra de Edgar Allan Poe. Una interpretación psicoanalítica*.
En *Obras completas*, vol. XXII (1932-1936).

Con relación a *El corazón delator*, Bonaparte no lo considera el relato de un mero acto criminal. Pone el acento en la recreación del drama edípico, donde el hijo castiga al padre por haber poseído a la madre y es castigado a su vez por ese mismo deseo, mientras el latido del corazón —según ella, eco del acto sexual reprimido— retorna a su vez en él como símbolo de su culpa. En ese sentido, hace un análisis del cuento en función de la propia historia de Poe con su padrastro, John Allan, a quien presume como el personaje del anciano.

En algunos párrafos, dice:

Sin duda, tenemos aquí la memoria inconsciente de escuchas nocturnas en las que, durante la noche, el niño oyó cosas «infernalmente» terribles: en otras palabras, el ataque sexual del padre contra la madre.

El latido del corazón del anciano, ese «tatuaje infernal» que se volvía «cada vez más rápido y cada vez más fuerte», sería así la fanfarria cardíaca del acto sexual: su asalto a la mujer y su placer supremo. De ahí, sin duda, en el relato, el furioso crescendo de los latidos, repetido dos veces, que culmina primero en la muerte del anciano y luego en la captura del asesino y su muerte final.

Estos son los dos grandes temas eternamente humanos que subyacen al relato de Poe y le confieren un poder

tan soberano. Los dos complejos fundamentales, por los que toda la humanidad y todo niño deben pasar, constituyen su médula y su sustancia. Aquí, el deseo edípico del hijo por la muerte del padre se vuelve eficaz; el padre es abatido por el crimen de haber poseído a la madre y por haber inventado la maldición de la castración, primero como amenaza al hijo y luego como su realización.

La interpretación que nosotros haremos del relato de Poe no apunta solo a la recreación de un drama edípico, más bien, a una respuesta frente a la llamada inquietante de la culpa que castiga.

El cuento construye un vínculo entre el narrador y su víctima. No aparece el parentesco entre los protagonistas ni la historia que define la relación. Todo se transforma en una suposición para que el lector le insuffle sentido al texto. Se muestra un lugar compartido que genera determinadas emociones y un hombre que vigila —mira— a un anciano. Lo mira para matarlo. Una escena que sugiere una vigilia anterior que el hombre sintió de aquel anciano a través de un ojo que de algún modo lo «mató» primero a él.

Hay:

- un viejo (*oldman*)
- un ojo (de buitre)
- un hombre (asesino)
- un corazón (delator)

En inglés, la palabra *oldman* significa mucho más que «viejo». Se utiliza para aludir a un anciano, a un jefe, superior o comandante, así como también para nombrar a un padre. Podríamos pensar incluso que el *oldman* es el tutor,

el patriarca, la cultura, Dios. El Otro. Alguien o algo que porta la Ley que debe obedecerse.

El ojo de buitre simboliza una amenaza. La amenaza de la Ley. Una representación del Superyó —al que referiremos más adelante—. Esa incertidumbre que aparece cuando algo de la legalidad se pone en juego y no sabemos si estaremos a la altura para cumplir el mandato.

El hombre (asesino) describe su afecto ambivalente por el *oldman*, y se intuye un *oldman* para quien ese hombre (tal vez su hijo) no es suficiente.

El corazón delata un modo de vivir. Es la pulsión, la pasión, el amor, el aturdimiento, el ímpetu, la quietud. Es la muerte que late en la vida y la vida que sobrevive a la muerte.

Si bien el cuento no lo dice así, debido al terror que le provoca al hombre la mirada del *oldman*, podemos suponer que se trata de una figura con función paterna cuyo «ojo de buitre» persigue y asusta.

«Cada vez que lo clavaba en mí se me helaba la sangre».

Por eso, atravesado por un deseo inconsciente de que *esa mirada* lo deje en paz, el hombre decide matar al viejo para librarse de su ojo para siempre. Un ojo que cada vez que lo mira denuncia que no está a la altura de su cariño.

¿Qué espera de mí?, se preguntará «el hijo» todo el tiempo y esa pregunta será el origen de su angustia.

Una pregunta que Lacan tomará de la novela *El diablo enamorado* de Jacques Cazotte:

Che vuoi? («¿Qué quiere?»)

Para no distraerse de *eso* que lo atormenta, la linterna solo apunta a su ojo. Un ojo que no lo asusta cuando está cerrado, cuando el anciano duerme. Y que por eso no fue

causa de la muerte hasta que volvió a abrirse. Solo cuando el viejo se despierta, en ese instante, aparece de nuevo el fantasma que persigue al hombre.

Cuando el *oldman* despierta y se oye su quejido, también surge el terror. Un terror que es del «hijo», no del «padre».

«Bien conocía yo ese sonido», piensa.

Por un momento el hombre le tiene pena, una pena que en realidad sentía por sí mismo. Pena como formación reactiva ante el miedo y el odio que genera la culpa por no complacerlo, por no haber podido ser fiel al relato que se esperaba de él. Por no alcanzar ese ideal que el Otro siempre pretende o que nosotros nos construimos a través de su mirada.

Recién cuando el ojo de buitre se abre de par en par el hombre siente furia.

«El padre» completo no era maldito. Lo maldito era la provocación del ojo de buitre, lo que esa mirada le ordenaba que fuese. Alguien que hablara, se comportara y deseara de acuerdo a sus órdenes. Algo que lo aterraba.

Hay un ojo que lo aprueba y mira con afecto, y hay otro ojo que lo mira para culparlo.

Acá vemos la ambivalencia emocional de las relaciones más íntimas. La convivencia de amor y odio que nos atraviesa.

Al escuchar el latido —el llamado familiar— del corazón del *oldman*, ese llamado que intima a ser o actuar de determinada forma para ser querido, tal vez por sentirse frustrado, se enfurece más. El hombre empieza a escuchar ese latido —llamado— con más fuerza. Y en ese momento una nueva ansiedad se apodera de él y decide matarlo, creyendo que su ojo no volverá a herirlo.

Un vecino escucha ruidos, aparece la policía. El hombre sigue tranquilo porque todo le ha salido perfecto. Sin sangre,

sin cadáver, no hay evidencia. Les muestra toda la casa sin saber que está siendo conducido por el castigo.

Así, los lleva hasta la habitación del muerto, mientras él mismo coloca su silla «en el exacto punto bajo el cual reposaba el cadáver de mi [su] víctima».

Ese punto, sobre el cuerpo de su «padre», es el lugar que la culpa inconsciente busca para el castigo. Porque *allí* sucederá todo lo que viene.

Al cabo de un rato, empieza a sentir un zumbido en los oídos. Es la voz de la culpa que crece, más alto, más alto. Tanta culpa, que su corazón termina identificado al corazón *paterno* que mató. Al padre que no pudo matar.

Incluso les marca a los policías el punto exacto del delito, pero ellos continúan riendo sin percibir nada.

«¿Era posible que no lo oyeran?... ¡Claro que oían y que sospechaban! ¡Sabían... y se estaban burlando de mi horror!».

Él sabía. La culpa sabía. Y pedía un castigo que no pudo eludir.

«¡Confieso que lo maté! ¡Levanten esos tablones! ¡Ahí... ahí! ¡Donde está latiendo su horrible corazón!».

En realidad, donde estaba el latido de su propio corazón, que ahora él sentía horrible por lo que había hecho. El mismo que necesitaba callar con la recompensa del castigo para no sentirse más culpable.

El problema no surge debido a la fantasía de matar al «padre» para librarse de su ojo de buitre, eso es lo que intentamos hacer cuando le pedimos ayuda a un terapeuta: librar-nos de los mandatos que a veces nos guían para sufrir. De esa culpa que atormenta.

En todo caso, el problema surge cuando el personaje del cuento sale del campo de la fantasía (imaginario) y mata al «padre» de verdad, creyendo que de esa forma quedará libre de su mirada. Y se equivoca.

«Todo era en vano», piensa el hijo antes de matarlo. Poe lo escribe en bastardilla. En realidad, *todo era en vano* porque el ojo internalizado de esa figura lo seguirá persiguiendo para hacerlo sentir culpable incluso con su muerte en el plano de la realidad.

Hay un latir que no cesa, que no cesará nunca.

El relato sugiere amor al *oldman* y, a su vez, un deseo inconsciente de que se muera, de que algo, la muerte misma, calle su voz. El personaje cree que con esa muerte podrá clausurar o reducir el sentido de la voz que lo atormenta, que la desaparición del anciano lo sacará del discurso que lo angustia.

Esta creencia supone que podemos evadir lo más sádico del Superyó. Todos creemos que podemos cerrarle la puerta a la culpa, incluso ante las circunstancias más banales.

«No voy a pensar más en eso», dice alguien que apela a la voluntad para elegir los pensamientos que cruzan su mente día y noche.

«A mi madre no la voy a ver más porque me hizo mucho daño», decide otro creyendo que, con alejarse, atenuará su dolor. En concordancia con Poe: si mato al viejo —*oldman*— me libero del ojo que me hiere.

«No existe más en mi vida», «no volveré a hablar con ese que me traicionó», argumenta quien *decide* que una persona quedará afuera para siempre tan solo porque ha *optado* por sacarla de su destino.

M. es empresario textil. Está casado y tiene cuatro hijos. Comenta que Raúl, su hermano mayor, siempre le tuvo celos porque él era el preferido de sus padres, en el colegio los maestros lo querían, en la adolescencia había conquistado a la única chica que a Raúl le gustaba, tenía hijos amorosos y le había ido bien en los negocios. Al parecer, su hermano le envidiaba todo. Y en cada oportunidad se lo hacía saber con comentarios hirientes frente a sus amigos, o cuando deslizaba alguna frase irónica en las reuniones familiares que escondía una mala intención disfrazada de chiste. M. lo quería mucho y sentía pena por él. Pero también sufría sus embates. Su esposa le rogaba que dejara de invitarlo a la casa. Trabajamos la idea de mantener cierta distancia para evitar los arrebatos de Raúl y el dolor que causaban en su familia. Cuando M. estaba por cumplir cincuenta años, la esposa organizó una fiesta y él decidió no invitarlo. No quería que su hermano le arruinara un festejo que sería inolvidable.

Y lo fue.

Empezaron a llegar los amigos y la reunión transcurría con halagos en lugar de críticas. La madre, que no sabía la verdad, pero intuía todo, miraba a su hijo desde una esquina. Aunque su mirada no parecía un reproche, M. sentía que unos ojos (de buitre) lo atravesaban.

Intervengo: ¿Solo los ojos de su madre le dolían?

M. mueve la cabeza. Se angustia.

Dice: No... En realidad, desde que empezamos a organizar la reunión y decidí no invitarlo, sentí un dolor en el pecho. De camino al salón ya me sentía mal. Tenía palpitaciones. No pude disfrutar como quería. Pasé un cumpleaños de mierda. ¿Sabés qué fue lo peor? Que, aunque Raúl no vino, la culpa por no haber invitado a mi hermano estuvo ahí toda la noche.

M. había logrado retirar a Raúl de su festejo, pero no pudo hacer lo mismo con su *hermano*. Es decir: con el lazo afectivo que lo unía a él.

La palabra mata a la cosa. Por eso, no es necesaria la presencia de Raúl, porque el Significante que lo representa, «hermano», lo trajo a la fiesta y lo sentó sobre los hombros de M.

Hay ausencias que la culpa transforma en una presencia insoportable.

* * *

El acúfeno (*tinnitus*) es la percepción de un sonido sin una fuente externa real. Se oye algo que no proviene del entorno, sino de adentro. Pueden percibirse zumbidos o una pulsión rítmica igual al latido cardíaco.

El acúfeno es un corazón delator.

No todos tienen silbidos persistentes, pero muchas personas lo sienten de manera temporal alguna vez en su vida. Por estrés, ansiedad, luego de estar expuestos a ruidos fuertes (un concierto, el uso de auriculares), debido a un golpe en la cabeza e incluso en lugares silenciosos.

Cuando se mantienen en el tiempo, son molestos para la vida. Existen técnicas para reducir la molestia: medicación, terapias de reentrenamiento, dejar música de fondo o la televisión encendida; cualquier sonido que saque la atención de ese ruido interno que no se acaba.

Del mismo modo que se debe enmascarar el zumbido interior del acúfeno para soportarlo, los sujetos tapamos de alguna forma el quejido de la culpa que rumia por dentro. Y de manera inconsciente, armamos un castigo para saldar la deuda.

«Ojos que no ven, corazón que no siente», dice una frase popular que lleva años en la boca de generaciones. También se escucha: «Corazón que no ve, corazón que no siente».

Falso.

Corazón que no ve, sigue latiendo. Muchas veces con más fuerza.

Y el ojo que no ve, no excluye la mirada, porque ese objeto es y no es del ojo. Una experiencia que Lacan llama *extimidad*. Como le pasa al personaje de Poe luego de matar al *oldman*; como le sucedió a M. por no haber invitado al hermano a su festejo.

Hay un corazón delator, una culpa que habla.

La mirada de los Otros, gerencia nuestro ritmo para la vida. El viejo, el padre, la función paterna, el ojo regulador, marcará el compás que nos dirige. Y esas voces nos harán sentir culpables y merecedores de castigos. Aparecerán las inhibiciones, la vergüenza, el aislamiento y la angustia, que se traducirán en síntomas como la depresión, la melancolía o la postergación reiterada de algunos sueños.

Hemos dicho que en el cuento de Poe hay un viejo, un ojo, un hombre y un corazón.

Ahora decimos: hay un viejo —mandatos, cultura, religión, padres, madres, acúfenos, voces, miradas, Dios—: ¡Ojo, corazón!